

Tengo el honor de estar aquí con vosotros en vuestra graduación en una de las mejores universidades del mundo. La verdad sea dicha, yo nunca me gradué. Esto es lo más cerca que he estado de una graduación. Hoy me gustaría contaros tres historias de mi vida. Así es, no es gran cosa. Solamente tres historias.

La primera historia trata de conectar los puntos:

Me retiré del *Reed College* después de 6 meses y seguí yendo de modo intermitente otros 18 meses, más o menos, antes de dejarlo definitivamente. Entonces, ¿por qué abandoné?. Comenzó antes de que yo naciera. Mi madre biológica era una estudiante joven, graduada, soltera y decidió darme en adopción. Ella creía firmemente que debía ser adoptado por estudiantes universitarios también graduados de modo que todo fue preparado para que apenas naciera, fuese adoptado por un abogado y su esposa. Salvo que cuando nací, en el último momento decidieron que en realidad lo que querían era una niña. Así que mis padres, que estaban en lista de espera, recibieron una llamada en medio de la noche preguntándoles: “Tenemos un niño no esperado, ¿lo quieren?”. “Por supuesto”, dijeron ellos.

Posteriormente, mi madre biológica se enteró que mi madre no tenía graduación universitaria y que mi padre ni siquiera había terminado el instituto, así que se negó a firmar los papeles definitivos de la adopción. Sólo cambió de parecer unos meses más tarde cuando mis padres le prometieron que algún día yo iría a la universidad.

Y 17 años más tarde fui a la universidad. Sin embargo, ingenuamente elegí una universidad casi tan cara como Stanford y todos los ahorros de mis padres, que eran de la clase obrera, los gasté en mi matrícula. Después de 6 meses no veía ningún objetivo en todo esto. No tenía idea de lo que quería hacer con mi vida y menos aún de cómo la universidad me iba a ayudar a descubrirlo. Y así estaba yo, gastándome todo el dinero que mis padres habían conseguido ahorrar durante toda su vida. Así que decidí dejarlo y confiar en que las cosas saldrían bien. En su momento me dio miedo, pero mirando atrás me doy cuenta de que fue una de las mejores decisiones que pude tomar.

Nada más dejarlo, ya no fui más a aquellas clases obligatorias que nada me decían y comencé a meterme en las que me parecían más interesantes. No fue para nada romántico, no tenía dormitorio, dormía en el suelo de los dormitorios de mis amigos. Devolvía los cascos de las botellas de Coca Cola por los 5 centavos del envase para comprar comida y recorría casi 11 kilómetros, cruzando la ciudad todos los domingos por la noche, para comer bien una vez por semana en el templo de los Hare Krishna. Me encantaba.

Y muchas de las cosas con las que tropecé a causa de mi curiosidad e intuición resultarían más adelante que no tendrían precio. Os pondré un ejemplo: en ese tiempo *Reed College* ofrecía la que quizás fuera la mejor formación en caligrafía de todo el país. En el campus, todos los carteles y todas las etiquetas de todos los cajones estaban bellamente escritos a mano. Como ya no estaba matriculado y no tenía que asistir a las clases obligatorias, decidí asistir a una clase de caligrafía para ver que cómo se hacía aquello. Aprendí cosas sobre de las tipografías serif y sans-serif, sobre las variaciones de espaciado entre las letras, sobre qué es lo que hace genial a una tipografía. Era sutilmente hermoso, histórico, artísticamente sutil de una manera en que la ciencia no logra capturar, y lo encontré fascinante.

No tenía la esperanza de que nada de esto tuviera una aplicación práctica en mi vida. Pero diez años más tarde, cuando estábamos diseñando el primer ordenador Macintosh, todo aquello volvió a mí. Y diseñamos el Mac con todo aquello en su interior, fue el primer ordenador con tipografías bellas. Si nunca me hubiera dejado caer por aquellas clases en concreto, hubiera asistido a ese único curso en la universidad, la Mac nunca habría tenido variedad de tipografías ni caracteres con espaciado proporcional. Además, como Windows no hizo otra cosa que copiar el Mac, es probable que ningún ordenador los tuviera ahora.

Si no hubiera decidido dejar las clases, nunca habría entrado a aquella clase de caligrafía, y los ordenadores personales no tendrían las maravillosas tipografía que poseen. Por supuesto era imposible conectar los puntos mirando hacia el futuro cuando estaba en clase la universidad, pero resultó ser muy muy claro, sin embargo, mirando hacia atrás diez años después. Insisto: no podéis conectar los puntos mirando hacia adelante, el futuro; solamente se puede hacer mirando hacia atrás.

Por lo tanto, tenéis que confiar en que los puntos se conectarán de algún modo en el futuro. Tenéis que confiar en algo: en tu dios, en el instinto, en la vida, en el karma, en lo que sea. Creer que los puntos se unirán en un camino te da la confianza de seguir lo que tu corazón dicta, aunque ese camino no hay sido recorrido aún. Y esto es algo que marca todas las diferencias.

La segunda historia es sobre amor y pérdida:

Yo fui afortunado: descubrí lo que deseaba hacer temprano en la vida. Woz y yo comenzamos Apple en el garaje de mis padres cuando tenía veinte años. Trabajamos duro y en diez años Apple había crecido de ser solamente nosotros dos a ser una compañía valorada en dos mil millones de dólares y con más de 4.000 empleados. Hacía justo un año que habíamos presentado nuestra mejor creación: el Macintosh, un año antes y yo hacía poco que había cumplido los treinta.

Y entonces me despidieron.

¿Cómo te pueden despedir de la compañía que tú creaste? Bien, mientras Apple crecía, contratamos a alguien que creí muy capacitado para llevar la compañía junto a mí, y durante el primer año las cosas marcharon bien. Sin embargo, nuestra visión del futuro empezaron a desviarse y finalmente nos separamos definitivamente. Cuando eso ocurrió, la Junta Directiva lo respaldó y de ese modo, con mis treinta años, estaba fuera, y notoriamente fuera.

Lo que había el centro de toda mi vida adulta se había ido, fue devastador. Realmente no supe qué hacer durante unos meses. Sentía que había decepcionado a la anterior generación de empresarios, que había soltado el testigo en el momento en que me lo pasaban. Me reuní con David Packard y Bob Noyce e intenté disculparme por haberlo echado todo a perder. Fue un absoluto fracaso público, incluso pensé en irme del "valle".

Pero entonces algo comenzó a aparecer en mí: todavía amaba lo que hacía. Lo que había ocurrido en Apple no había cambiado eso ni un ápice. Había sido rechazado, pero seguía enamorado. Y así decidí comenzar de nuevo. No lo vi así entonces, no lo entendí, pero sucedió que el que me despidieran de Apple fue lo mejor que jamás pudo haberme pasado. Había cambiado el peso del éxito por la ligereza de ser de nuevo un principiante, de no estar tan seguro de las cosas. Aquello me liberó para dar paso a uno de los periodos más creativos de mi vida.

Durante los siguientes cinco años, creé una compañía llamada NeXT, otra llamada Pixar, y me enamoré de una asombrosa mujer que se convirtió en mi esposa. Pixar continuó y llegó a crear el primer largometraje animado ordenador: Toy Story, y ahora es el estudio de animación de mayor éxito del mundo. Un asombroso giro de los acontecimientos hizo que Apple comprara NeXT, y yo regresé a Apple y curiosamente la tecnología que desarrollamos en NeXT constituye el corazón del actual renacimiento de Apple. Además, Laurene y yo tenemos una maravillosa familia.

Estoy bastante seguro de que nada de esto habría ocurrido si no me hubiesen despedido de Apple. Creo que fue una medicina muy amarga, pero supongo que el paciente la necesitaba. En ocasiones la vida os golpeará con un ladrillo en la cabeza. No perdáis la fe. Estoy convencido que lo único que me permitió seguir fue que amaba lo que hacía. Tenéis que encontrar aquello que amáis. Y esto vale tanto para vuestro trabajo como para el amor. El trabajo va a llenar gran parte de vuestras vidas y la única manera de estar realmente satisfecho es hacer aquello que creáis que es un trabajo genial.

Y la única forma de llegar a hacer un trabajo genial es amar lo que se hace. Si aún no lo habéis encontrado, seguid buscando. No os conforméis. Al igual que con todo lo que tiene que ver con el corazón, lo sabréis cuando lo hayáis encontrado. Y como en todas las grandes relaciones, éstas mejoran con el paso de los años. Así que no paréis hasta encontrarlo. No os conforméis.

La tercera historia es sobre la muerte:

Cuando tenía 17 años, leí una cita que decía algo así: "Si vives cada día como si fuese el último, algún día tendrás razón.". A mí me impresionó y desde entonces, durante los últimos treinta y tres años, me he mirado al espejo todas las mañanas y me he preguntado: "Si hoy fuera en último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy voy a hacer hoy?". Y si la respuesta era no durante varios días seguidos, entonces sabía que necesitaba cambiar algo.

Recordar que moriré pronto es la herramienta más importante que he podido encontrar para ayudarme a tomar las grandes decisiones.

Porque prácticamente todo: las expectativas de los demás, el orgullo o el miedo al ridículo o al fracaso, se desvanece ante la muerte, quedando solamente aquello que es realmente importante. Recordar que vas a morir es la mejor forma que conozco para evitar caer en la trampa de pensar que tienes algo que perder. Ya estáis desnudos. No hay razón alguna para que no sigáis a vuestro corazón.

Hace un año me diagnosticaron cáncer. Me hicieron un escáner a las 7:30 de la mañana y éste mostraba claramente un tumor en el páncreas. Ni siquiera sabía lo que era el páncreas. Los doctores me dijeron que lo más probable era que fuera un tipo de cáncer incurable y que mi expectativas de vida era de entre tres a seis meses.

Mi doctor me aconsejó irme a casa y dejar arreglados mis asuntos, que en la jerga de los médicos significa: prepararte para morir. Esto significa intentar decir a tus hijos en pocos meses todo lo que pensabas decirles en diez años. Significa asegurarte que todo quede bien atado para que todo sea fácil para tu familia. Significa despedirte.

Viví con ese diagnóstico todo el día. Luego, a última hora de la tarde me hicieron una biopsia, metiéndome un endoscopio por la garganta y a través del estómago y el duodeno pincharon con una aguja mi páncreas para extraer unas pocas células del tumor. Yo estaba sedado, pero mi esposa, que estaba allí, comenzó a llorar ya que los doctores vieron que se trataba de una forma muy rara de cáncer pancreático, curable con cirugía. Me operaron y ahora estoy bien.

Esto es lo más cerca que he estado de la muerte y espero que sea lo más cerca que esté de ella durante algunas décadas más. Después de haber vivido esto, os puedo decir esto con más certeza que cuando la muerte era un concepto útil pero puramente intelectual: nadie quiere morir.

Ni siquiera la gente que quiere ir al cielo, no quiere morir para llegar allí. Y sin embargo, precisamente la muerte es el destino que todos compartimos. Nadie ha escapado de ella. Y así es como debe ser, ya que la muerte es probablemente el mejor invento de la vida. Es el agente de cambio de la vida. Elimina lo viejo para dejar paso a lo nuevo. Ahora lo nuevo sois vosotros, pero algún día, dentro de no demasiado tiempo, de forma gradual, os iréis convirtiendo en lo viejo seréis retirados también. Lamento ser tan trágico, pero es la verdad.

El tiempo es limitado, así que no lo empleéis viviendo la vida de otro. No os dejéis atrapar por el dogma que consiste en vivir según el pensamiento de otros. No permitáis que el ruido de las opiniones de los demás ahogue vuestra propia voz interior. Y lo más importante: tened el coraje de seguir a vuestro corazón y a vuestra intuición. De algún modo, ellos ya saben lo que realmente deseáis ser. Todo lo demás es secundario.

Cuando era joven, existía una asombrosa publicación llamada "Catálogo de Toda la Tierra", que fue una de las biblias de mi generación. La escribió un tipo llamado Steward Brand, no muy lejos de aquí en Menlo Park, y lo hizo dándole un su toque poético característico. Eran los años sesenta, antes de los ordenadores personales y de la autoedición, por tanto estaba hecha con máquina de escribir, tijeras y cámaras Polaroid. Era como Google con tapas de cartulina, treinta y cinco años antes Google: era idealista, rebosante de herramientas y grandes conceptos.

Steward y su equipo publicaron varios números del "Catálogo de Toda la Tierra" y cuando llegó el momento, publicaron el último. Fue a mediados de los setenta y por aquel entonces yo tenía vuestra edad. En la contraportada de ese último número había una fotografía de una carretera que cruzaba el campo bajo las primeras luces del día, una carretera en la que podrías estar haciendo autoestop si sois aventureros. Bajo la imagen estaban escritas las siguientes palabras: "Sigue hambriento, sigue loco".

Era su mensaje de despedida al finalizar. Seguid hambrientos. Seguid locos. Siempre he deseado eso para mí. Y ahora, cuando os graduáis para empezar algo nuevo, es precisamente lo que os deseo.

Seguid hambrientos.
Seguid descabellados.

Muchas gracias.